

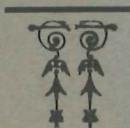
Sin Seis Buno

Juan Arrillaga Roqué

Un Patriota Olvidado de 1887

POR

ROBERTO H. TODD

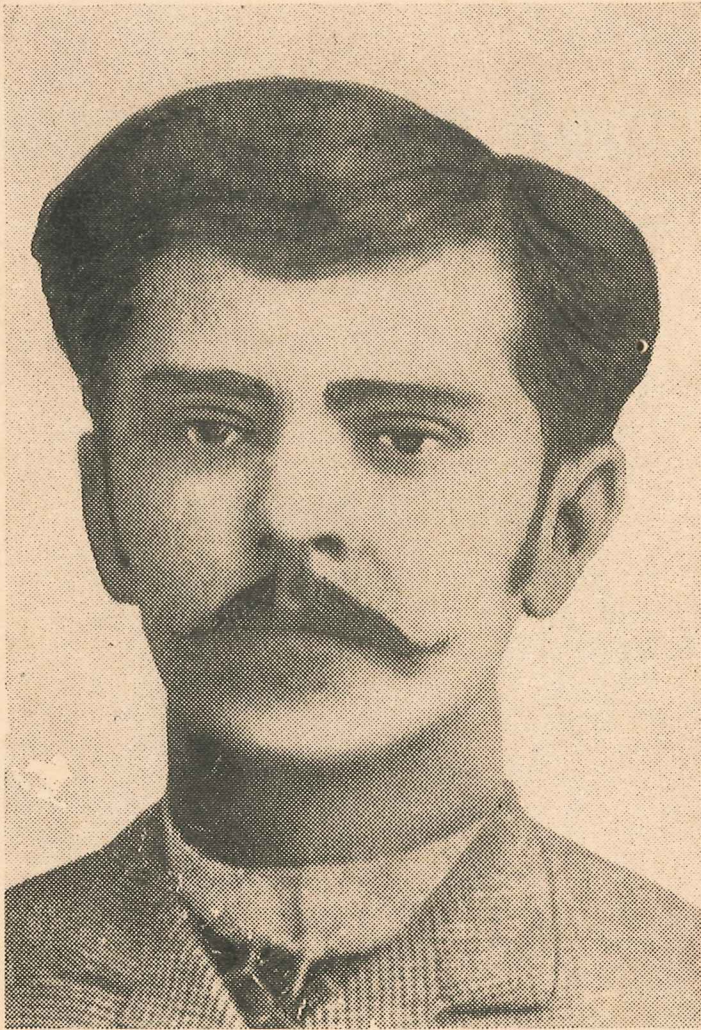


CANTERO FERNANDEZ & CO. INC.

IMPRESORES

SAN JUAN, PUERTO RICO.

1941



Juan Arrillaga Roqué

Un Patriota Olvidado de 1887

POR

ROBERTO H. TODD



*San Luis Bruno
Sancti Spiritus, Puerto Rico*

CANTERO FERNANDEZ & CO. INC.
IMPRESORES
SAN JUAN, PUERTO RICO.
1941

PORTICO

Lector: Vas a darte de frente con un puertorriqueño de corazón, de alma valiente, de aquellos de otros tiempos, de cuando se cotizaban alto pero que siempre se encontraban dispuestos al sacrificio en los momentos difíciles.

Aquí tienes a un joven, nacido en el año de 1866, el mismo año en que Acosta, Quiñones y Ruiz Belvis, hombres formados ya en la política y en las bregas de la vida, eran elegidos para representar a Puerto Rico en la célebre Información, cuando denunciaron la infame esclavitud del negro y que, por su gallarda actitud exigiendo la libertad del esclavo *con indemnización o sin ella*, merecieron la distinción de ser citados por Castelar en plenas Cortes Constituyentes de 1869. Este joven Arrillaga, inexperto en absoluto, pues apenas había cumplido 21 años de edad, fué también elegido por los autonomistas de Ponce en 1887, para denunciar en la Capital de España las torturas del *componte* y las infamias del Gobernador General Romualdo Palacio, y sus secuaces, en momentos en que los calabozos del Morro eran pocos para contener el sinnúmero de patriotas, cada vez en aumento, y cuando el país se hallaba consternado esperando por momentos el espectáculo de su fusilamiento.

Lector: Cuando hayas leído la historia que sigue, no pierdas tu tiempo buscando alguna confirmación en los libros corrientes de referencia, pues ningun historiador de Puerto Rico ha creído de suficiente relieve lo hecho por Juan Arrillaga Roqué para dedicarle siquiera una línea.

Tú vas a ser el juez ahora, Lector, después de más de cincuenta y tres años, de si lo hecho por Arrillaga merece pasar a nuestra historia colonial.

R. H. TODD

San Juan, P. R.,
Febrero de 1941.

Juan Arrillaga Roqué

He aquí un portorriqueño cuyo nombre debería estar grabado con caracteres indelebles en las páginas de nuestra historia regional. Es uno de los hombres del '87, de los que lucieron soberbiamente su patriotismo en aquellos momentos difíciles, cuando los más valientes esquivaban ese deber. Al escribir el nombre de Juan Arrillaga y Roqué, y mencionar los datos que siguen como justificación de lo que decimos arriba, estamos seguros de que la generación que nos lee, convendrá con nosotros de que también debemos llevar ese nombre grabado en nuestro corazón en señal de agradecimiento.

Mucho se ha escrito sobre los "compontes" del '87; mucho se ha publicado alrededor de los portorriqueños ilustres que fueron perseguidos y encarcelados en las mazmorras del Castillo del Morfo, así como de los más humildes que fueron torturados bárbaramente en aquellos aciagos días; pero cuán poco, casi nada, sobre las actuaciones de aquel joven gallardo que se llamó Juan Arrillaga Roqué, precisamente en aquellos calamitosos días.

Cuando por haber leído por segunda vez el libro que Arrillaga publicó en 1910, titulado "Memorias de Antaño, Historia de un Viaje a España", registramos las diversas obras de consultas históricas existentes en nuestras bibliotecas públicas, para tratar de encontrar algún dato sobre este patriota y alrededor del heroico gesto llevado a cabo por él en el año de 1887, tenemos que confesar con pena, que nada, absolutamente nada, hemos encontrado, fuera de mencionarse su nombre como presidente que fué en el año de 1889, del Comité Autonomista de Ponce. Solamente encontramos alguna mención por el doctor Antonio S. Pedreira en su bien documentada obra "El Año Terrible del '87", por haber leído el libro de Arrillaga, "Memorias de Antaño", y citando hechos relatados por él en el libro. Pero esa no es toda la justicia que merece Arrillaga. También don Eduardo Neumann, en su obra "Verdadera y Auténtica Historia de la Ciudad de Ponce", dice refiriéndose a Arrillaga: "Pero las angustias en que se vivía en aquellos tiempos y la resolución de los ponceños de buscar el castigo de los malvados, hizo que clandestinamente enviasen a Madrid al joven Juan Bautista Arrillaga, quien tuvo ocasión, mediante la influencia de don Rafael María de Labra, de ver al presidente del Consejo de Ministros, don Práxedes Mateo Sagasta, y referirle todos los inicuos y trágicos actos y atropellos del que fué Cuartel General en la ciudad de Ponce, ayudado también por otros dignos portorriqueños residentes en la Corte". Esto es todo lo que dice Neumann y no todo lo que dice está ajustado a la verdad, si hemos de dar crédito a lo que refiere el propio Arrillaga en su citado libro "Memorias de Antaño". Arrillaga no menciona una sola vez a Sagasta ni dice que lo viera mientras estuvo en Madrid. Sólo habla del Ministro de Ultramar, don Víctor Balaguer, a quien fué presentado, no por Labra, sino por Julio Vizcarrondo.

Recordamos bien aquellos sucesos del año '87 porque, aunque no en toda su intensidad como los habitantes de Ponce, vivíamos sus inquietudes en San Juan, y recuerdo bien cómo cuando se supo que, burlando la vigilancia del Gobierno y de sus secuaces, el joven boticario

de Ponce había logrado salir subrepticamente de la Isla y llegar a St. Thomas y de allí a España y lograr con sus esfuerzos la ayuda de los portorriqueños en Madrid, que se destituyera al tirano llamado Romualdo Palacio, su figura ganó en proporciones y en todos los pechos latió el noble sentimiento de la gratitud. No importa que hayan transcurrido cincuenta y tres largos años de acaecidos aquellos sucesos; no importa que no se le haya querido dar el premio justo que su heroica acción merecía para que su nombre figure con todo el esplendor en los anales de nuestra historia regional, Juan Arrillaga Roqué merece ser recordado entre los patriotas de este país, aunque sea ahora que se le haga esa justicia. La generación actual que se tome la molestia de leer este modesto trabajo, será la que decidirá si tenemos o no tenemos razón al presentarlo como candidato a la gratitud y memoria pública de sus paisanos.

En la historia de la independencia de Cuba figura un hecho que ha pasado a la posteridad y se conoce con la frase: "el mensaje a García", cuando el pueblo norteamericano decidió intervenir en la guerra de Cuba para que ésta fuese libre, hacía falta hacer contacto inmediato con el prestigioso general Calixto García, quien comandaba el ejército insurrecto de Oriente y el presidente McKinley encargó de esta arriesgada misión al teniente del Ejército americano Rowan, quien le había sido recomendado por el jefe del Estado Mayor. Rowan tomó la carta que ponía en sus manos el presidente McKinley y venciendo toda clase de dificultades y peligros, a los pocos días logró llegar al campamento del referido general García y le entregó la carta del Presidente de los Estados Unidos. De este hecho ha escrito Elbert Hubbard un precioso trabajo que ha sido traducido a todos los idiomas conocidos inmortalizando de este modo el nombre de Rowan, por haber entregado "el mensaje a García". En nuestro concepto, la acción de Juan Arrillaga Roqué, es similar en sus dificultades y peligros, a la de Rowan. El pueblo portorriqueño necesitaba poner en conocimiento de España lo que estaba pasando en la Isla en unos momentos de desesperación por los actos inicuos del gobierno, y escogió a Arrillaga, quien desafiando todas las dificultades y peligros, logró entregar "el mensaje a García", o sea comunicar a las autoridades de Madrid de lo que ocurría en Puerto Rico y librar al poco tiempo al país del monstruoso Romualdo Palacio.

Antes de proseguir en nuestro trabajo sobre Arrillaga, es bueno que la generación actual conozca, de labios de uno de los que vivió aquellos terribles días, con quien hemos conversado últimamente, algo de lo que pasaba en la parte sur de la Isla, sobre todo en la ciudad de Ponce. Era Ponce conocida en aquellos tiempos por el cerebro de la Isla, la ciudad donde residía el mayor número de hombres de inteligencia y de corazón y que en el movimiento evolutivo político, aspirando a la autonomía colonial, era la que más había figurado en primera línea. En Ponce fué donde se iniciaron los clubs traídos de Cuba por un ponceño perteneciente al partido Autonomista llamado Fructuoso Bustamante, de los célebres "Secos y Mojados", o sea de la "Torre del Viejo". Esto lo sabía el general Palacio y los hombres que a su alrededor se movían para atajar el movimiento económico que ya empezaba a hacerse sentir entre las huestes del partido Conservador Español. Entre los hombres de distinción que dirigían la campaña política en la ciudad del sur, se encontraba un español, un hombre de gran corazón cuya pluma como periodista se había puesto incondicionalmente al servicio de la causa portorriqueña. Este hombre se llamaba don Francisco Cepeda y Taborcías. El periódico de Cepeda llamado "La Revista de Puerto Rico", había emprendido una campaña trayendo a sus páginas los nombres propios de aquellas personas que en Juana Díaz, en la Hacienda de Gallart, de Ponce, Aibonito y otras poblaciones, habían sido "compon-

teadas" y naturalmente, Cepeda tenía que pagar por ese delito de traición cometido contra el Gobierno español. Fué apresado al mismo tiempo que lo habían sido otros portorriqueños ilustres. Pero estando preso en la Cárcel de Ponce, Cepeda fué maltratado de obra y de palabra por el comandante militar de Ponce, coronel Joaquín Arjona, y vamos a copiar a continuación un acta levantada por el escribano público de Ponce, don Ulpiano R. Colom, acta que como se indica en la misma, fué dictada ante el juez municipal don Manuel Becerra y Gárate. Dice así dicho documento:

"Yo, el infrascrito Escribano.

"Certifico y doy fe: que por don Francisco Cepeda y Taborcías se ha producido la siguiente denuncia:

"En la ciudad de Ponce, Isla de Puerto Rico, a los días primeros del mes de octubre de mil ochocientos ochenta y siete, encontrándose el señor juez accidental don Manuel Becerra y Gárate recibiendo declaración en la sala de justicia a don Francisco Cepeda y Taborcías en una causa criminal, manifestó el último, a S. S. que como a las doce de este día encontrándose en este local de la cárcel con los demás compañeros que lo ocupan en calidad de presos, recibió por un mayero el aviso de que un caballero oficial solicitaba hablar con él en el zaguán de esta cárcel, a lo que contestó que se sirviese pasar adelante. Que recibido por segunda vez el aviso, insistió en que el caballero oficial se sirviese entrar. Que inmediatamente entraron en aquella habitación el comandante señor Vázquez, un capitán y un alférez, todos tres del Batallón de Valladolid que guarnece esta plaza, y que recibidos y sentados los visitantes con la debida cortesía, el señor Vázquez el rogó que le concediese una entrevista particular en el salón del Ayuntamiento a lo cual se excusó el que declara con las formas más corteses; y que le dijese allí mismo el objeto que le traía. Insistido que hubo nuevamente el señor Vázquez, el declarante le objetó que siendo él un hombre político que fía todos sus actos a la mayor publicidad posible y no teniendo ningún asunto particular que tratar con el señor Vázquez, ni con los señores que le acompañaban, le rogaba de nuevo que hablase. Que el señor Vázquez, después de añadir que él no podía explicar a voces el objeto que le traía, se despidió cortésmente del que habla y se fué con sus dos compañeros. Que pocos minutos después el alcaide don Narciso Carreras se asomó a las rejas de la prisión y dijo: "señor Cepeda: dice el señor Alcalde que suba V. a su despacho". Que con efecto y acompañado del mismo alcaide subió al despacho del señor Alcalde, donde vió sentado a la derecha del bufete, al comandante militar señor Arjona y al señor Alcalde, que con el sombrero y bastón en la mano y dispuesto a salir por la misma puerta de entrada, dijo al que habla: "V. se ha negado a tener una conferencia con una comisión de oficiales del Batallón de Valladolid y ahora va V. a hablar a la fuerza con el comandante militar". Que iba a contestar al señor Alcalde cómo de ninguna manera se había negado a tener la dicha conferencia, pero que el señor alcalde don Fernando Díez de Ulzurum, seguidamente salió del despacho cerrando con llave por la parte de afuera. Que una vez solos, el que habla, de pie y el comandante militar sentado, le dijo éste: "un caballero oficial del ejército le ha hecho a V. el honor de pedirle una conferencia particular y V. se ha negado a ello. Ahora está V. conmigo y vamos a ver si sucede lo mismo. V. es un canalla y un indecente que no merece que yo me rebaje hasta hablarle. V. es un cochino que por defender el garbanzo, y siendo español está V. defendiendo la causa de los enemigos de España". Que todo esto fué dicho por el coronel Arjona con la vista fija en la alfombra. Luego que concluyó semejantes dicerios, alzó la vista preguntando: "¿y bien, qué contesta V.?", pero inmediatamente se levantó airado preguntando: "¿por qué

me mira V. así?" Que le contestó que no miraba de una ni de otra manera y que no tenía nada que cotestar porque aún no se le había hecho ninguna pregunta. Que entonces el señor Arjona, creciendo en ira y profiriendo interjecciones y palabras impropias de los caballeros, arremetió a puñetazos sobre el que habla, acorralándolo en la esquina que forma la pared y un estante de libros que hay en el despacho. Que en vano le suplicó que se reportase, que viese que estaba ultrajando a un preso impotente para defenderse, violando las garantías que el preso tiene en la cárcel y abusando de su autoridad como comandante militar. En vano le rogó que considerase que era una cobardía insultar, ofender, y agredir a un caballero indefenso y que viese que se vería precisado a pedir auxilio si no se reportaba, porque veía claramente que trataba de asesinarle. Que el señor Arjona en vez de oír la voz del honor y del deber, acometió de nuevo al que habla, descargando sobre su cabeza más airados y fuertes puñetazos. Que considerando que lo que se buscaba con tan inaudita provocación era sin duda que el declarante faltase al respeto con palabras o se defendiese de aquella brutal agresión, se resignó a tanto ultraje, limitándose a pedir a grandes voces: "favor, que me mata el comandante militar". Que a la tercera vez que profirió estas frases de angustia, para que alguien viniese en su socorro, el señor Arjona cesó de maltratarle, desabrochándose la blusa y diciéndole: "Yo no tengo arma ninguna; estamos de hombre a hombre: defiéndase V." Que el que habla le repitió que él era un preso infeliz y que no podía luchar en aquel acto con la autoridad del comandante militar. Que después de nuevos apóstrofes, fué a la puerta y la abrió por el pestillo interior y sonriéndose llamó a alguien de fuera que resultó ser el señor Vázquez que estaba en el salón con sus compañeros sin duda, porque vió el que habla en él al alférez de infantería. Que entrado el señor Vázquez, el comandante militar le ordenó que le explicase al que habla el objeto de la conferencia. Que el señor Vázquez explicó que su objeto era aclarar que no se había **componteadado** a ninguno de los presos políticos por orden suya ni menos que él había tocado a nadie. El que habla le objetó que eso mismo podía habérselo dicho en la cárcel, seguro de que hubiera sido atendida su reclamación, porque el declarante jamás había tenido empeño en negar la justicia y la razón que a cada cual se deben y que no tenía ningún inconveniente en hacer las aclaraciones que él creía necesarias a su buen nombre.

Que después de esto salió de la estancia el señor Vázquez y a la vez entró el señor alcalde Díez Ulzurrum, en cuyo momento dijo el señor Arjona: "Si V. no hace las aclaraciones que se le piden, le volverá a suceder lo mismo que ahora. Yo siento mucho lo que acaba de pasar, pero cuando V. salga de la cárcel puede V. buscarme y me encontrará en el terreno que estas cosas se ven". A lo que el declarante le contestó que le daba las gracias y que aceptaba el reto para cuanto dejase de ser comandante militar, en cuya fecha se verían las caras.

Que después el alcalde don Fernando Díez de Ulzurrum le hizo igual desafío a combate personal y que el declarante aceptó dándole también las gracias y emplazándole para cuando deje de ser Alcalde. Que le despidieron al fin y al salir por la puerta del salón vió varios números de la Guardia con bayoneta calada, acto que confirma las sospechas del declarante de que se esperaba su defensa quizás para mandar cargar sobre él a los soldados.

Que a consecuencia de la agresión de que ha sido objeto resultó lesionado, por lo que al ser conducido de nuevo a su prisión hizo llamar a los doctores en medicina don Juan Iglesias, don Martín Corchado y los más que se encontraban que resultaron ser los doctores Coronas, Curbelo y Aguerrevere, quienes le han reconocido y producido el informe que presenta.

Que hechas las manifestaciones anteriores, suplica al juzgado se sirva adoptar las medidas conducentes al amparo de su individuo como preso en esta cárcel y castigar a los culpables en el hecho que con él se ha cometido hoy. Esto digo y firma con la presentación del documento ante dicho.—Doy fe Becerra—Francisco Cepeda—Ulpiano Colom.

Cuya denuncia fué ratificada, digo radicada, en el libro del Juzgado número 831.

Y para entregar como resguardo al denunciante señor Cepeda, a los efectos del artículo 408 de la Compilación general de procedimientos, libro el presente en Ponce a 13 de octubre de 1887.—El escribano—P. Ulpiano Colom. Vo. Bo. Becerra.

Es copia que ratifico en todas sus partes.

Octubre 29 de 1887.

Testigos de mis heridas y de haber oído mis gritos demandando favor: Don Francisco Barnés y Carreras, Gervasio Raldiris, Luis Antonio Carballa, Narciso Rivera, Luis Casals, Julián Vázquez, Pedro Ventura, Leoncio Vidal, Fructuoso Bustamante, Luis Velázquez, Ignacio Basesdas, Carlos Mandri, José Melles, Ramón Smith, preso; José Mangual, Juan Pablo Ortiz, Feliciano Toro, Ulises Dalmau, Francisco Alvarez, Rodolfo Figueroa, Florentino Romero, Inocencio Ortiz, Rafael Rosado, Gil Borreo, Víctor Quiñones, Antonio Molina, Modesto Quiñones.

Médicos: doctores Corchado, Iglesias, Aguerrevere, Coronas, Curbelo.

* * *

Pocas noches después de ocurrido este vergonzoso atropello en la persona de Cepeda, a quien se quería mucho en la ciudad del sur, tuvo el pueblo de Ponce la satisfacción de que alguien, tomándose sobre sí la representación popular, le enviase al coronel Arjona y al alcalde Ulzurrum, un regalo escondido en un **coco**. El único hotel de primera clase que tenía Ponce en aquellos días, era el hotel Marina, situado en la esquina de las calles Marina y Luna, y lo regenteaba un español muy activo en esos menesteres, de nombre Juan Boix. La comida del hotel era buena y eran clientes asiduos muchas personas principales de Ponce, entre ellas el alcalde Ulzurrum y el coronel Arjona, comandante militar de Ponce. Además, entre otras personas, también comían allí don Antonio Lucchetti y don Xavier Mariani, corsos ambos y consocios de la Comercial A. Lucchetti y Cia.

El comedor estaba situado en el piso bajo del hotel y era un salón largo con amplias puertas que abrían sobre la calle de la Marina. Arjona y Ulzurrum tenían por costumbre sentarse en el extremo izquierdo del comedor, y los dos corsos, en el otro extremo. Una noche, (estando ya los presos en el Morro), cuando ya habían servido la comida y entreteniéndose los comensales en sus conversaciones acostumbradas, no oyeron, sin duda, el ruido que sobre la acera de la calle hacía las patas de un caballo, pero sí sintieron el ruido que produjo un **coco** cuando cayó sobre el extremo izquierdo de la mesa del comedor, derramando un montón de materias fecales que, no sólo dañó la comida, sino que bañó de arriba a bajo el traje de uniforme del coronel Arjona que presidía ese extremo de la mesa, salpicando también bastante al alcalde Ulzurrum. El tropel y el escándalo que se armó en el comedor, fué grande. "¡Fó, qué peste!"—era la expresión de los que se levantaban mirando al coronel y al alcalde, únicos que habían sido pringados. Juan Boix, dueño del hotel, se presentó en escena, y al ver lo ocurrido se lamentaba de que lo habían arruinado pues la noticia correría por todo Ponce y la Isla, con el consiguiente ridículo. A esto el coronel Arjona, que trataba de limpiarse el uniforme y los cintajos de las condecoraciones que llevaba siempre prendidas al pecho, le dijo a Boix: "¿Y no com-

¿Prende usted que el que está más en ridículo soy yo? Pero yo averiguaré quién ha sido y ese tendrá su castigo”.

* * *

Cuando salieron del comedor Lucchetti y Mariani y caminando silenciosamente en dirección a su establecimiento comercial Lucchetti no pudo contenerse y le dijo a su socio: “Mira Mariani, tú no me puedes engañar haciéndote el ignorante, se me figura que tú sabías que esto iba a suceder”.

—“¿Y por qué dice usted eso?”—le preguntó Mariani.

—“Porque yo noté que cuando el negro tiró el coco—porque fué un negro a caballo quien tiró el coquito,—tú ni siquiera levantaste la vista del plato”.

—“Bueno”, —le contestó Mariani,— “pero yo no podía entonces ni ahora puedo decir quién mandó hacer eso”.

—“Está bien, pero oye”. —le dijo Lucchetti— “quien quiera que haya sido, ha vengado a Cepeda. Y oye, qué buen tiro tiene ese negro.— Dícelo así a tu amigo”.

Nunca se supo en Ponce quién fué el negro que tiró el coco, aunque sí corría la noticia de que se había ganado cien pesos.

II

Las cosas iban de mal en peor en Ponce, y los hombres que tenían la responsabilidad política en aquellos momentos en que Baldorioty, Molina, Marín y Cepeda se encontraban presos, determinaron que era llegada la hora de hacer lo necesario para que el Gobierno de Madrid, por conducto de Labra y Vizcarrondo, se enterara de toda la historia de lo que ocurría, incluyendo la documentación adecuada conteniendo las declaraciones de los **compunteados**. El procurador José María Goicoechea, quien estaba al servicio de la causa autonomista, sugirió la conveniencia de que viniese de la Capital un abogado de confianza a tomar las declaraciones y certificar los atestados, ya que en Ponce no los había, a excepción del licenciado Herminio Díaz Navarro, a quien se tenía en reserva para otro encargo. Se envió un propio a San Juan a hablar con Rossy, pero éste contestó que no podía ir por encontrarse ocupado en asuntos que no le permitían dejarlos abandonados, pero en cambio, envió una docena de pliegos de papel sellados, de los que se usaban entonces para asuntos judiciales, y habiendo estampado su firma al pie de cada pliego los mandó a Ponce con este mensaje: “Llenen esos pliegos con lo que sea menester y yo los certifico con mi firma”. ¡Rasgo digno de Rossy! Piénsese en lo que esto significaba en aquellos calamitosos días del año '87.

Nos cuenta un amigo de Ponce, uno de los pocos supervivientes de aquellos trágicos días y quien tomó parte muy conspicua en aquellos asuntos, que desde el primer momento se pensó en la conveniencia de que el hombre más adecuado para enviar a Madrid, era el licenciado Herminio Díaz Navarro. Herminio hacía poco tiempo que había llegado al país y procedía del bufete de don Rafael María de Labra, Diputado a Cortes por el distrito de Sabana Grande, de donde era natural Díaz Navarro. Labra distinguía mucho a Díaz Navarro, y se creyó que siendo él el portador del mensaje de los autonomistas de Puerto Rico, Labra se tomaría interés especial en el asunto. Se le habló a Herminio y éste dió su conformidad. La documentación, suscrita por Rossy, estaba preparada y se convino con Herminio en que se le entregaría, junto con toda la documentación, la cantidad de mil pesos para gastos, y al efecto se recogieron doscientos centenes, o sea 200 monedas de oro de cinco pesos cada una. El viaje se haría en un bote grande, gobernado por un marino práctico, de confianza, que sabía cómo llegar hasta San Thomas. Todo estaba preparado y listo para el viaje, el bote estaba escondido en sitio estratégico, los papeles listos y el dinero preparado, y por conducto del procurador Goicoechea, se mandó aviso a Herminio Díaz de que en la madrugada del día siguiente, debía estar en cierto sitio de la playa para partir rumbo a San Thomas. Cuando volvió Goicoechea, la noticia que trajo fué una cruel decepción para todos. Herminio mandaba a decir simplemente: “No cuenten conmigo. Me han prometido que me dejarían tranquilo y no se meterían conmigo, que no me harían nada”.

Y esto lo mandaba a decir un hombre que había tomado parte conspicua en la Asamblea de Ponce. ¡Qué decepción! Comprendieron los amigos autonomistas que había que desistir del viaje a San Thomas en el bote que tenían preparado, pues el viaje sería delatado. Efectivamente, según nos refiere el amigo de Ponce, a los pocos días fué nombrado Herminio Díaz, juez municipal interino de Ponce.

Pero afortunadamente estaban al frente del movimiento en Ponce, dos hombres de acción, para quienes los obstáculos se convertían en acicates de sus energías, que eran muchas. Esos hombres eran Alfredo Casals y Emilio Cortada. A este último fué a quien se le ocurrió mandarle el coco al coronel Arjona. Al fracasar el viaje de Herminio, Casals dijo a sus amigos: "No hay que apurarse, yo tengo un hombre en la mente, que si se dispone a servirnos estaremos salvados. Voy a hablarle ahora mismo".

En la calle Atocha había una farmacia que giraba bajo la razón social Arrillaga, Monge y Cía., y era su socio gestor el joven Juan Arrillaga Roqué y se la conocía por la "Farmacia Atocha". Allí acudían a hacer la tertulia antes de los sucesos de los comportes, varios autonomistas notables, entre ellos Alfredo Casals, Olimpio Otero y Emilio Cortada; pero al recrudescerse las persecuciones políticas, las tertulias quedaron reducidas a la nada. Casals distinguía mucho a Arrillaga y sabía cómo pensaba éste que, aunque mucho más joven que él, sabía que era firme e íntegro en sus ideales. A Arrillaga era a quien se refería Casals cuando dijo a sus amigos que tenía a una persona a quien iba a hablar. Pero dejemos que nos lo diga el propio Arrillaga, al referirnos la entrevista entre él y Casals:

"No se podía perder tiempo, porque los sucesos se precipitaban tumultuosamente. En los últimos días de setiembre, llegó a su paroxismo el terror que se había apoderado de todos los espíritus. En el nombre de España y al amparo de un poder discrecional, más grande que el que tuvieron los primeros virreyes españoles en América, se flagelaba bárbaramente a un pueblo indefenso e inocente de los delitos que se le reprochaban. Por todas partes, por los campos, por las aldeas, por las ciudades, las legiones de sicarios pregonaban terribles vaticinios. Se quería, a todo trance, llevar al pueblo a la rebelión armada, pero el pueblo, restañando sus heridas, comprendía que lo que se deseaba era arrastrarlo al sacrificio estéril de una lucha imposible. Corría de boca en boca historias vergonzosas, y cuando Cepeda fué abofeteado por el coronel Arjona, comandante militar de Ponce, se comprendió que ya la oligarquía vencedora no se detendría ante ningún obstáculo: todos los diques estaban rotos por el descaro de los verdugos y Puerto Rico, como por un plano inclinado, iba derecho hacia la catástrofe completa.

"Casals entonces resolvió que no se perdiera tiempo. A las nueve de la mañana de un domingo de octubre, me propuse la marcha y dos horas después, al recibir de manos de Olimpio Otero varios documentos y el dinero necesario para el viaje, me puse en camino por la carretera central, porque era preciso que se aprovechara la salida para Saint Thomas del vapor "San Juan", a fin de tomar allá el vapor francés que debía llevarme a las costas de España. No hubo vacilaciones y los preparativos se hicieron sin demora, prometiendo yo, bajo la fe de mi palabra, que no diría nada a mi madre. Casals, en cambio, se comprometió a tranquilizar el espíritu de aquella pobre mujer que debía sufrir los tormentos de la incertidumbre en aquellas horas tan amargas. En lo que se refería a mis íntimas afecciones de hogar, no hice otro convenio; después oí cuidadosamente las instrucciones, porque el viaje era peligroso y se debía evitar a todo trance la contingencia de un fracaso. El trayecto hasta San Juan era necesario hacerlo en coche, mas, evitando que la Guardia Civil hiciera pesquisas en mi persona, pero, por lo que pudiera ocurrir, se me proveyó de una cédula personal que acreditaba mi filiación, como si yo fuera un dependiente del comercio de Coamo y de la casa de don Clotilde Santiago, que era un prominente miembro del Partido Conservador. Todas las instrucciones y los papeles los recibí con el mayor sigilo y a las once de ese domingo inolvidable, salí para San Juan, bajo la impresión del último abrazo de Casals

que me despidió muy conmovido, casi llorando, con el afecto de un padre cariñoso.

"Relevo a mis lectores de los inconvenientes de una relación detallada, porque no quiero ocuparme de ciertas trivialidades, como fué el encuentro que en el camino de Aibonito tuve con una pareja de la Guardia Civil, que detuvo el coche, me examinó cuidadosamente y se dejó engañar después con una facilidad asombrosa".

* * *

Hasta aquí lo que nos dice Arrillaga de su salida de Ponce con rumbo a San Juan. Como si se tratara de las cosas más triviales que le sucedían diariamente, como por ejemplo ir de Ponce a Juana Díaz a un baile o a comerse un lechón asado al Vigía, Arrillaga cuenta de su salida de Ponce con una naturalidad asombrosa. El que a sus veintidós años, pues había nacido en Aguada en 2 de mayo de 1866, apenas si había estado en la Capital de la Isla, a las dos horas de haberle hablado Alfredo Casals, ya había salido a una aventura, que aún en tiempos normales era de empeño serio. La misma relación que él hace y que el lector verá si sigue con interés este relato, nos dice cómo al llegar a Madrid, una de las primeras personas con quienes pudo hablar, fué con el viejo estadista don Francisco Pí Margall, con don Rafael María de Labra y don Julio Vizcarrondo.

Pero, la experiencia de la vida nos enseña que a veces las cosas más serias se resuelven fácilmente pareciendo que se ha hecho la cosa más natural, cuando en realidad de verdad lo que se ha producido es algo extraordinario. Ahí está la historia de los inventos más grandes, algunos de ellos alcanzados por una mera casualidad. Pero sigamos adelante con el relato que nos hace el mismo Arrillaga. Arrillaga hace mención de "una cédula personal" y de la "Guardia Civil" y es bueno que los que lean este relato sepan algo referente a la una y a la otra. La cédula era un documento que todos los años expedían los municipios, primero, como un arbitrio y luego, como garantía de seguridad personal, sobre todo cuando se salía de viaje. Había cédulas de varias clases y precios; a la primera categoría, que valía un peso, pertenecían por obligación los primeros contribuyentes, dueños de propiedades raíces, comerciantes al por mayor, importadores, banqueros, etcétera. Luego venían las de setenta y cinco, cincuenta y veinticinco centavos, que eran las últimas. Cuando por las carreteras la Guardia Civil encontraba a un individuo sospechoso, le exigía la presentación de la cédula, y, si no la tenía, quedaba detenido por indocumentado. En los tiempos calamitosos del '87 era peligroso andar sin la cédula, pues, corría peligro una persona decente de ser confundida con un criminal, y de este descuido se valió en muchos casos la Guardia Civil para cometer abusos.

La Guardia Civil era una institución benemérita que funcionaba como tal en la Península española; pero, como otras instituciones, al ser trasplantada a Cuba y a Puerto Rico, se puso al servicio del partido dominante que era el conservador español. De ahí que el general Palacio y sus secuaces encontraron fácil ayuda para sus infamias por parte de los jefes, oficiales, clases y números de la Guardia Civil, entre ellos el malvado sargento Escudero, quien figuró en primera línea por sus atropellos a indefensos jibaros que caían en sus garras. ¡Dios! le haya perdonado tanta iniquidad!

Los documentos que le fueron entregados a Arrillaga en Ponce, no tenían importancia alguna, para evitar complicaciones o retardo en su viaje en el caso de ser registrado por la Guardia Civil. Tampoco era mucho el dinero que se le entregó, para evitar sospechas; solamente lo

necesario para el viaje a San Juan y su estada aquí hasta tomar el vapor que lo llevaría a San Thomas; y la documentación principal, los atestados de los compondados, los dos cablegramas que habría de enviar a Madrid, tan pronto llegase a San Thomas; más el rollo de doscientos centenes, se lo traería don Xavier Mariani a San Juan.

Arrillaga llegó a San Juan sin tropiezo alguno y se hospedó, según él mismo refiere, en el hotel "Universo" que estaba situado en los altos de la casa número 9 de la calle Tetuán y allí se resolvió a esperar que le avisasen cuándo podría embarcarse y cómo, así como la llegada de Mariani con los documentos.

Don Xavier Mariani era ciudadano francés y tenía que venir a la Capital acompañando a varios compatriotas suyos de Yruco que tenían que presentarse ante el cónsul francés, M. Jeahn de Joannis, a producir quejas contra la Guardia Civil por atropellos a sus personas, gestión que según nos ha referido el propio Mariani, resultó infructuosa, ya que el cónsul francés se hallaba más inclinado a favor del Gobierno del general Palacio que a servir los intereses de sus compatriotas. Los amigos de Ponce aprovechaban la circunstancia del viaje de Mariani, de quien las autoridades no sospecharían porque conocían su condición de ciudadano francés, y se le entregó la documentación que esperaba Arrillaga, así como también se le comisionó para que gestionase la salida de Arrillaga por el vapor "San Juan". Nos dice Mariani que cuando pasó por Aibonito y vió tantos números de la Guardia Civil, sintió verdadero miedo, temiendo un registro, teniendo en sus bolsillos la documentación comprometedora. No respiró tranquilo hasta que llegó a San Juan.

Don Julián Blanco, prominente autonomista y expresidente del Partido Liberal, era la persona en quien habían pensado los amigos de Ponce para que gestionase la salida de Arrillaga. Don Julián era el que llevaba los asuntos judiciales de la casa de Mullenhof y Korber, y siendo Mariani pariente político de Korber, envió a éste con un mensaje a don Julián, diciéndole que tenía necesidad de hablar con él de algo muy importante y secreto, pero que no quería ir a su oficina para evitar sospechas, y le pedía una entrevista en alguna otra parte. Korber volvió con la contestación de don Julián. Este no quería recibir a Mariani ni en su oficina ni en ninguna parte, pues nada tenía, ni quería tener, con los asuntos de Ponce, y por consiguiente le aconsejaba que buscase a otra persona para lo que quisieran en Ponce. Mariani entonces acudió a don Manuel F. Rossy y éste, siempre dispuesto a servir a su partido en momentos difíciles, se comprometió a gestionar lo del viaje de Arrillaga y a contestarle a Mariani esa misma tarde.

En un trabajo que hemos publicado no hace mucho tiempo, hemos referido cómo don Manuel Rossy aprovechó su amistad íntima con don Manuel Paniagua, quien, con don Claudio Arricruz, era gerente de la casa comercial Vijande y Cía., consignataria del vapor "San Juan". Paniagua obtuvo fácilmente la ayuda de Arricruz y entre ambos inventaron la historia de unos amores y la persecución del joven Arrillaga por un marido celoso, y el capitán del "San Juan", don Antonio Garro, consintió en que el joven en cuestión saliese en un bote a esperar en el canal, a que llegase el vapor "San Juan", que él haría que el vapor fuese todo lo despacio posible y lo recogería llevándolo a San Thomas.

Nos cuenta don Xavier Mariani que habiéndose hospedado en el hotel "Boneta", situado en los altos de la comercial de Mullenhof y Korber, Tetuán esquina a Cruz, cuya casa quedaba frente al hotel "Universo", se asomó al balcón y esperó ver salir al joven Arrillaga y cuando esto ocurrió, él salió del hotel y caminando en la misma dirección que llevaba Arrillaga, Tetuán abajo, pero en distinta acera; cuando

llegaron a la calle de la Tanca, Arrillaga dobló a la derecha con rumbo a la Marina y él le siguió, y al aparejarse con Arrillaga le dijo: "Vuélvase al hotel, que tengo todo listo para usted". Arrillaga hizo lo que se le decía y al poco tiempo de estar en el hotel, y habiéndole dado a Mariani el número de su habitación, llegó Mariani, cerró la puerta por dentro y le entregó toda la documentación, el dinero y un papel de Rossy con instrucciones de bajar por la Puerta de San Juan y esperar allí al botero Etanislao, de quien le dió las señas de ser un tipo alto, vestido de blanco y en mangas de camisa, y que debería estar en ese sitio a las cuatro de la tarde. Le entregó también una tarjeta de presentación para el señor Sosthenes Lucchetti, comerciante de San Thomas y hermano de su socio en Ponce, don Antonio, con quien podía contar para su embarque en el vapor francés, y para poner los cablegramas y todas las otras diligencias que fueren necesarias.

Todo esto que referimos les parecerá raro y extraordinario a los lectores de este relato, ya que no pueden comprender, dado el respeto que se tiene actualmente a las ideas individuales de cada ciudadano, así como a lo sagrado de la correspondencia; no pueden comprender repetimos, la vida que llevábamos en aquellos calamitosos días del '87. No era solamente la libertad individual la que corría peligro, pues tampoco podía tenerse seguridad en que fuese respetada la correspondencia, que era abierta descaradamente para que no pudiese salir fuera del país nada de lo que estaba ocurriendo entonces. Tampoco se permitía la salida de ninguna persona fuera de la Isla y el caso específico ocurrió cuando el doctor Salvador Carbonell, de Mayagüez, trató de tomar un vapor que lo llevase a San Thomas, para de allí informar a España lo que estaba ocurriendo, y fué reducido a prisión y llevado en cambio a parar a una mazmorra de El Morro. El gobierno del general Palacio y la pandilla de malhechores que le secundaban, querían a todo trance que España ignorase lo que pasaba aquí en la colonia, para que cuando se supiese la verdad, fuera ya tarde, como había sucedido en Cuba en 1871, cuando los Voluntarios de la Habana fusilaron a aquellos ocho jóvenes estudiantes de Medicina por un delito imaginario. En este caso, no eran ocho estudiantes sino catorce personas prominentes pertenecientes al partido Autonomista a quienes se quería fusilar, creyendo, insensatos, que con ese fusilamiento matarían la idea de la libertad en Puerto Rico. Esos patriotas presos en El Morro eran: don Román Baldorioty de Castro, don Ramón Marín, doctor Salvador Carbonell, doctor Tomás Vázquez, don Francisco Cepeda, don Pedro María Descartes, don Antonio Molina, doctor Manuel A. Zavala, don Santiago R. Palmer, don Santos Negrón, don José Vicente González, don Rodulfo Figueroa, don Epifanio Pressa y don Bruno Negrón. Se sabía además por confidencias, que otros varios prominentes hombres políticos de San Juan, tales como el doctor José Celso Barbosa, don Manuel F. Rossy, don Juan Hernández López, doctor José Gómez Brioso y otros, formaban en una lista para ser apresados de un momento a otro, acusados de ser enemigos de España, por un sujeto conocido como "Perico el Bombo", peninsular que tocaba el cornetín en la Banda de Voluntarios.

Véase pues la importancia que tenía, no solamente para el partido Autonomista sino para el país entero, la salida sin inconvenientes del joven Juan Arrillaga y Roqué, en su misión por encargo de los autonomistas de Ponce. Que éstos supieron fijarse en un joven de corazón, valiente, y dispuesto a todos los sacrificios, no hay duda alguna, y lo encontramos ya a bordo navegando con rumbo a San Thomas, sin documentación de ninguna clase que pudiese identificarlo; pero al llegar a San Thomas, todo le fué orillado por el señor Lucchetti e inmediatamente mandó los dos cablegramas ya redactados en Ponce diri-

gidos al Diputado a Cortes, don Rafael María de Labra y a don Julio Vizcarrondo, enterándose estos dos amigos de Puerto Rico por primera vez, de lo que estaba sucediendo en la pobre islita.

Veamos lo que dice el propio Arrillaga de cómo llegó a bordo del "San Juan", de su llegada a Saint Thomas y su embarque en el vapor francés "Ville de Saint Nazaire":

"Pocos momentos después, sin equipaje alguno, con los papeles ocultos entre los forros de mis ropas, me encontré en el vapor donde permanecí oculto, agitado por todas las incertidumbres, sufriendo el flagelo de mil peligros imaginarios, hasta una hora después de la salida del barco. Entonces me dieron un camarote solo, del cual no debía salir, según instrucciones recibidas, hasta varias horas después de haber hecho su entrega de papeles la comisaría del buque.

"En Saint Thomas ya, fui a ver al jefe de la casa de Lucchetti, que me auxilió mucho y de acuerdo con él puse los largos cablegramas que debían llevar a España las primeras noticias del crimen que se cometía en Puerto Rico.

"El señor Lucchetti se encargó de todas las diligencias necesarias para mi embarque en el vapor "Ville de Saint Nazaire" que debía zarpas esa misma tarde. Fue personalmente a la Policía y obtuvo un pasaporte para mí y él mismo me llevó al Hotel Turco para que yo descansara algunas horas.

"A las cuatro de la tarde vino el señor Lucchetti a buscarme y muy pronto, sin haber tenido tiempo de comprar algunas prendas de vestir, estuve en el vapor francés".

Con haber llegado a San Thomas y haber enviado los cablegramas a Labra y a Vizcarrondo, ya habría hecho mucho Arrillaga por su país. Esos cablegramas eran las primeras informaciones que llevaban a España la noticia de lo que ocurría en la Isla infeliz y sirvieron a ambos paladines para comenzar la campaña de Prensa que habría de preparar el camino de Arrillaga antes de llegar a Madrid. Luego de cumplido ese primer deber, embarcó en el vapor francés Ville de Saint Nazaire": Oigámosle:

"Ya la estación era avanzada y el buque iba sin pasajeros. Sólo uno debía acompañarme en la larga y triste travesía, pero la casualidad quiso que ese individuo fuese uno de esos seres que parecen enviados por una fuerza misteriosa. De él hablaré más luego, porque me prestó grandes servicios y es justo que el país conozca su nombre. Era un noble francés, y se llamaba Barón Odilón Maggi de Limal, ingeniero civil y de minas de la Escuela Politécnica de París y socio, aquí en Puerto Rico, de don Miguel Porrata Doria.

"Era un hombre bueno. Había sido muy rico, pero entonces, aunque hacía una vida de príncipe, era un empresario de fosfatos en la Isla de la Mona. Vivía desde hacía muchos años en Madrid. Cultivaba la amistad de don Francisco Pi y Margall, quien lo tuteaba, según pude verlo en la propia casa del grande hombre; estaba relacionado con Salmerón y era muy admitido en la alta sociedad madrileña, como lo pude comprobar, también por la amistad íntima que sostenía con los hijos del Duque de Alcudia.

"Vivía este grande y noble señor en la calle de Lope de Vega y debía ser, como lo fué un auxiliar poderoso en mis gestiones. Aquel desconocido pero gallardo campeón de derechos, había sido en París uno de esos nobles que sin figurar en los diarios, se constituyen en paladines de todos los grandes ideales. El Barón de Limal, que murió ahogado en las costas de Puerto Rico, sirvió a este país denodadamente en aquellos días, y su noble memoria hoy me reclama que lo presente a la consideración de la Patria como a un adalid ignorado que cumplió deberes de justicia.

"Perdónenme mis lectores si me voy a ocupar ahora de una cosa que a nadie puede interesar, sino a mí mismo. Justo es, ya que escribo este libro con el propósito de equilibrar ciertas armonías íntimas, que se han deformado en el rudo combate de la vida, que recuerde en este instante, arrodillado ante las tumbas de los seres que amó mi corazón, las angustias lacerantes que entenebrezcan mi conciencia. Horas terribles transcurridas en aquel camarote solitario, ¡cómo os vuelvo a encontrar ahora resucitadas, entre los escombros de mi espíritu! Como aves misteriosas escucho el agorero batir de vuestras alas y me estremezo, como me estremecí entonces, torturado por el martilleo de mi pensamiento sobre el yunque de mi voluntad, desfallecida y vacilante.

"Y vuelvo a pensar ¡oh dolor de los dolores! en la suprema duda que entonces, como sierpe venenosa, se acurrucó en lo más recóndito del alma.

"¿Era el patriotismo, ese ideal primitivo, pero eficiente todavía en el combate febril de los hombres, la fuerza que me arrastraba en las penalidades de aquel viaje? ¿No era acaso, tal vez, la ambición de los éxitos supremos el factor que había entumecido en mi corazón el ideal de los afectos, para lanzarme en las aventuras de una empresa, olvi-

dando que en un hogar amado una pobre alma de mujer agonizaba, consumida por el martirio de la ausencia de su hijo, en aquellas horas alevosas? ¿Tenía yo, por ventura, el derecho de sacrificar o a mis anhelos de patriota o a mis afanes ambiciosos, el tesoro de los únicos afectos puros de la vida?

"Juro ante la memoria de quien ya sólo vive en mi recuerdo, que desde entonces se planteó en el círculo de mi pensamiento, el problema de la relatividad de los deberes bajo la presión de las varias modalidades de la idea.

"Allá en la soledad de mis torturas, en las noches largas, escuchando el bravo empuje de las olas que azotaban el férreo laminaje del barco, viví, con los ojos de la imaginación y con la intensidad de mis sentimientos, la vida del hogar abandonado y oí llorar a la que lloraba y ví sufrir a la que sufría, y me juzgué como delincuente y me condené como reo.

"Y así, tristemente transcurrieron los días, consolado por el consejo de aquel noble anciano cuya amistad no olvido, del Barón de Limal. El vivía llenándose de esperanzas. Pronto llegaríamos a Madrid y allí él me ayudaría a vencer. El vapor llegó a Santander bastante temprano, después de doce días de travesía, pero se quedó frente al Sardinero, sin poder tomar puerto porque la neblina era mucha. Fué a las cuatro de la tarde que el buque atracó y una hora más luego desembarqué con el Barón. Yo iba sin sombrero, porque una ráfaga de aire se había llevado el mío, poco después de nuestra salida de Saint Thomas; sin más ropa que la misma que saqué de Puerto Rico. Lo primero que hice fué ir a una tienda. Compré un vestido completo, una capa, pues ya el frío era intenso y un sombrero de copa, todo barato, porque no tenía sino limitados recursos.

"Como a las siete de la noche llegué con el señor De Limal al Hotel Europa, y nos sentamos a la mesa. Sólo recuerdo que era una mesa larga, que había como cuarenta personas sentadas en ella, y que tenía delante de mí una bandeja de uvas heladas. No sé más nada. Por la mañana me refirieron que yo había caído con un síncope, que el señor De Limal con dos camareros, me llevó en brazos a mi cuarto y que toda la noche me asistió con el cariño de un padre. Por la mañana, cuando abrí los ojos, expresé mi deso de continuar el viaje en esa misma tarde. Un médico asturiano que me visitó se opuso, pero yo insistí enérgicamente y no admití razones sobre este punto.

"De acuerdo con mi decisión a las dos de la tarde y en compañía siempre del cariñoso Barón de Limal, fuíme al ferrocarril y emprendí la marcha hacia Madrid, a cuya ciudad llegamos antes de las siete de la mañana siguiente. El señor De Limal me hizo hospedar en el entre-suelo del "Café de París", situado en el Pasaje Matheu, entre las calles de Espoz y Mina y la Victoria. Me dejó instalado, nos dimos cita para las tres de la tarde, y yo, sin pérdida de tiempo, me fui a la casa de don Rafael María de Labra. Me recibió el señor Govín, joven abogado que trabajaba en el bufete del ilustre estadista. Pocos minutos después, me encontré frente a frente del grande hombre.

"Todos los que conocen la historia del parlamentarismo español contemporáneo, tienen que conocer a Labra, cuya intelectualidad, para esa época, había llegado a la mayor altura en el respeto público. Su juventud, su vida entera, la dedicó este hombre al estudio de los grandes problemas de la política española. Era, sobre todo, una autoridad reconocida entre todas las eminencias en asuntos coloniales, porque conocía profundamente la historia colonial de todos los grandes reinos de Europa.

"Poseía Labra el arte profundo de hablar sin nunca hacerse cansado, y creo que no será exagerado decir que en el secreto de sostener

la amenidad de la charla privada, no le aventajaba ninguno de los grandes oradores de España. No era posible evadir la influencia que ejercía sobre el pensamiento su conversación gentil, en la cual no alardeaba la erudición doctrinaria sino en los instantes en que podía hacer el efecto de una preciosa pedrería engarzada sobre una diadema de oro repujado.

"Me trató con mucho cariño, quizás porque le interesó mi extrema juventud, hasta el punto de que llegué a permitirme hablar con él de los asuntos más serios. Yo le dije que quería ver a Vizcarrondo esa misma noche y agradeció que mi primera visita fuese para él. Comprendí que me halagaba que no se le discutiera su condición de **leader** supremo y pude observar desde el primer momento que entre él y Vizcarrondo eran muy tirantes las relaciones.

"Según él, don Julio dificultaba muchas veces la buena marcha de los asuntos insulares, porque era más un procurador de negocios que un político eficaz.

"Me habló también con toda franqueza acerca de muchos hombres de la Isla y advertí que en aquel alto espíritu habían encontrado eco los artificios de la política de Cepeda.

"Hablamos de la necesidad de hacer una campaña urgente y me prometió que en esa misma noche iría a pedirle al Ministro de Ultramar que me oyerá sin demora. Convinimos también en que se enviaran notas a varios diarios importantes para formar la opinión, y de ese trabajo creo que se encargó en el acto el abogado señor Govín, ayudado por el señor Regidor, muy adicto a la persona de Labra. Quedamos convenidos en que tres días después yo iría a comer a su casa y que serían invitados a la comida los señores don Agustín Sardá, y los señores Regidor, Juan Gualberto Gómez, Antonio Cortón y Govín. Salí de allí muy bien impresionado, verdaderamente encantado con aquel grande hombre que me trataba con tanta consideración, cosa rara, según me dijo después Cortón, porque don Rafael era persona que no se dejaba seducir fácilmente por el halago de las primeras simpatías. Me despedí de don Rafael y me fui al hotel para esperar la hora en que debía encontrarme con el Barón de Limal.

"Esa misma tarde, a las cuatro en punto, fuí presentado por mi amigo al egregio don Francisco Pi y Margall. La misma emoción que se produjo en mi espíritu cuando hablé con Labra, experimenté en el instante de ver al más noble anciano que ha luchado por la redención de la conciencia en la península española. En la calle de Leganitos y en el claro oscuro de la biblioteca particular del pensador egregio, mis ojos contemplaron la fisonomía más imponente. De barba y cabellera completamente blancas, de mirada plácida pero que tenía todavía todos los fulgores de la juventud, de mejillas sonrosadas como las de un niño, me pareció que aquella alma fuerte que tanto había combatido en el mundo, se expandía aún entre los rosales de las ilusiones de la vida. La franca intimidad que advertí entre el grande hombre y el noble Barón de Limal, le prestaron arrestos a mi fogosidad impetuosa, y pude hablar ante él como si estuviera platicando con alguno de mis viejos amigos de Puerto Rico. Pi y Margall había tratado a Baldorioty; me habló de nuestro Apóstol con mucho interés y cariño y me dijo algo que después, como verán mis lectores, me repitió don Julio Vizcarrondo. Según Pi y Margall don Román nació para realizar grandes obras, pero su espíritu un poco indolente, de una indolencia rayana en el desprecio por las cosas humanas, lo habían encadenado a las penumbras de una vida mediana. Simpatizaba el egregio anciano con los portorriqueños; para él no existían fronteras en el mundo y los hombres, considerados por su juicio, debían apreciarse girando en sólo dos esferas: la de la Libertad amparada en la Razón; la de la Autocracia movién-

dose en el círculo de los errores originarios que perturban la conciencia. Condenaba la gestión de España en América, porque juzgaba que el bizarro carácter de la raza sólo había servido a la civilización en el radio estrecho a que la constreñía su prejuicio religioso. Ante la narración que le hice quedó espantado el viejo. El, que conocía personalmente al general Palacio, hombre conformado para los rigorismos de la disciplina, se dió cuenta de la verdadera situación de Puerto Rico.

—Yo siento, me dijo, no poderlos ayudar, pero ya ustedes saben que el Gobierno me trata como a enemigo. Sin embargo, agregó, haré cuanto esté de mi parte, y, por ahora, le daré una carta para don Pablo Correa, director de "La República", a fin de que ese diario haga la campaña en favor de esa pobre Isla. Tuve el placer de que me presentara allí a una señora creo que su hija o su nieta o su nuera, y poco después, siempre en compañía del Barón, fui a ver a don Pablo Correa que me recibió con mucho agrado y desde ese día se puso al servicio de nuestra causa. Pocos momentos más tarde fui a ver a Cortón, de quien me ocuparé en un capítulo especial, cuando hable de Federico Degetau y González. Con él fui esa misma tarde a la Redacción de "El Liberal", donde ya Moya empezaba a surgir como una fuerza poderosa. Fuimos también a las oficinas de "El Día" y "El Imparcial" para conseguir que esa misma noche se ocuparan de nuestros asuntos. De allí me acompañó Cortón al cable y, lleno de esperanzas, pude poner a Puerto Rico el siguiente cablegrama:

"Otero, Ponce.
"Música", que, de acuerdo con la clave convenida con don Olimpio, anunciaba mi llegada a Madrid, y el feliz comienzo de mis gestiones en la Corte.

"Me despedí de Cortón y acto continuo fui a ver a don Julio Vizcarrondo en aquel día terrible, porque aún toda aquella labor le parecía pequeña a mi angustiado corazón. ¡Nunca como entonces pensé en la ventaja de que la noche no viniera a entorpecer las labores humanas cuando éstas están dirigidas a un fin generoso y digno! Subí las escaleras de la modesta casa de la calle de Villalar, rendido, fatigado, casi exánime, pero comprendiendo que aquel esfuerzo era necesario. ¿Cómo permitir yo que Vizcarrondo supiera que no lo había buscado perentoriamente, el enviado de sus queridos amigos? Ante una reflexión como ésta, mis esquilgadas energías se fortalecieron. No habían pasado diez minutos sin que yo saboreara el placer de encontrarme ante la figura simpática y atractiva del esforzado y enérgico campeón de nuestros derechos...

"Don Julio me escuchó y no perdió tiempo. Me ofreció que en ese mismo momento iría a hablar con don Víctor Balaguer, Ministro de Ultramar y me dijo lo siguiente: "Como soy bastante amigo de don Víctor le puedo asegurar que mañana en la noche hablará usted con él. Váyase a descansar ahora, trabaje mañana en la forma que usted pueda con los portorriqueños que aquí viven, y venga a las siete de la noche para que en compañía mía, hable con el Ministro".

"Con un fuerte abrazo me despedí de don Julio Vizcarrondo y me fui para el "Café de París". Estaba rendido, sentía que mis ideas se atropellaban y comprendí que la fatiga puede matar a un hombre. Al día siguiente me desperté muy tarde, es decir me despertaron porque un caballero quería verme.

"Pronto tuve delante de mí a Federico Degetau y González, agitador terrible de la opinión pública en aquellos días. Federico Degetau y González y Antonio Cortón, ambos portorriqueños, el primero abogado ya y más tarde Diputado a Cortes, y el segundo, periodista ya fogueado, fueron dos grandes paladines que me ayudaron grandemente en mi campaña en Madrid. De ellos me ocuparé más adelante".

IV

Véase ahora en qué forma destaca Arrillaga a don Federico Degetau, y a don Antonio Cortón. Para los que vivimos aquellos años y conocimos las actividades políticas de ambos portorriqueños residentes en Madrid, tenemos que decir que Arrillaga los apreció con justicia. Cortón era de muchos más años de edad que Degetau, y hacía ya tiempo que estaba fogueado en la vida periodística de Madrid cuando empezó Degetau su vida pública. Ambos han desaparecido, Cortón en España y Degetau en San Juan, después de haber representado a su país, primero como Diputado a Cortes por Ponce en el Parlamento español y luego como primer Comisionado Residente de Puerto Rico en Washington, de 1900 a 1904.

Ahora oigamos a Arrillaga:

"Degetau era la idea dominada por el sentimiento; Cortón era el sentimiento dominado por la idea. Para el uno, la vida tenía cumbres desde las cuales podía divisarse una humanidad digna del sacrificio de los pensadores; para el otro, en la existencia sólo había abismos donde más tarde o más temprano se confundían todos los esfuerzos, lo mismo los de los ignoros que los de los inteligentes, los de la virtud como los del vicio. Para Degetau la lucha era un deber; para Cortón era una necesidad impuesta por las eventualidades. Para el uno, la esperanza era un alcázar de refugio de los espíritus tenaces; para el otro, la realidad era la única esfera posible de convivencia entre los hombres de bien, Degetau era la Fé, Cortón la Duda. Aquel creía que los hombres perturbados por los errores son susceptibles de todos los mejoramientos; éste pensaba que el error, como fuerza de acción social, era un hermoso campo de producción, donde los hombres irían sembrando nuevos prejuicios a medida que la razón azotara sus árboles corpulentos.

"Amaban los dos a Puerto Rico, pero en su amor para la Isla se reflejaban sus dos opuestos puntos de mira, de las ideas y de las cosas. Degetau amaba a Puerto Rico por Puerto Rico mismo; Cortón quería a la tierra nativa, pero la confundía con el amor que sentía por España; Degetau la quería libre aunque fuese sin la Metrópoli que le dió lengua, religión y costumbre. Cortón la deseaba feliz pero siempre bajo la égida de España; es decir, que Degetau era portorriqueño antes que español y Cortón era español antes que portorriqueño.

"Sus sentimientos en política no eran menos hondos que sus divergencias literarias. Degetau, en esa época, cuando me leyó su novela "En el fango", era partidario del realismo en el arte, pero girando siempre en la órbita del sentimentalismo. No creía en la eficiencia literaria del naturalismo de Zola y según pude advertir, rendía culto a los maestros del romanticismo. Cortón, en cambio, creía que el Arte, puesto al servicio del análisis, era un factor digno de progreso, pero lo condenaba si se le ponía en absoluto al servicio del sentimiento.

"Con estas explicaciones comprenderán mis lectores lo difícil que me sería sostener el equilibrio entre esas dos fuerzas, si se tiene presente que ambos eran terribles polemistas, fogosos, y en posesión de una gran cultura intelectual.

"Para esa época la división entre Labra y Vizcarrondo se había acentuado mucho y la colonia portorriqueña estaba dividida en dos grupos, de los cuales eran caudillos, aunque no reconocidos de derecho, si de hecho, Cortón y Degetau. Con su falange, Cortón era labrista furibundo. Con la suya, Degetau era vizcarrondista impetuoso. Afortunadamente yo me coloqué desde el primer momento, en un término medio racional y de esa situación surgió el equilibrio. Ambos fueron mis amigos, ambos fueron mis hermanos y ambos lucharon gallardamente por liberar a Puerto Rico de la oprobiosa situación que lo oprimía. Degetau me llevó a su casa de la calle de la Reina, ¡oh mansión de paz que nunca olvidaré! donde vivía doña Consuelo, la madre más amorosa que haya existido, mujer de gran corazón que no pudo ver la vida sino bajo el prisma de su bondad infinita. ¡En aquella grande alma, ¡ay! bebí yo muchas veces la linfa misteriosa del consuelo en mis terribles horas de nostalgia!

"Ya en comunicación con los dos campeones a que me vengo refiriendo, la campaña fué valerosamente emprendida. Federico Degetau preparó sin perder tiempo un número especial de "La Isla de Puerto Rico", periódico de propaganda que de su propio peculio sostenía, y se dispuso a hacer una edición extraordinaria de millares de copias para repararla profusamente, como lo hizo al cuarto día de mi llegada a Madrid. Estaba Degetau, por otra parte, muy bien relacionado con la juventud intelectual que trabajaba en ciertos diarios de la Corte y se constituyó en un inspirador de las noticias que, gradualmente, juzgábamos que debían publicarse.

"Tampoco olvidaba el activo portorriqueño la propaganda privada y ésta la hacía con una indiscutible energía entre sus amigos concurrentes a la Cervecería Inglesa de la Carrera de San Jerónimo y al café de Fornos, en cuya labor le ayudaba mucho Manuel Quevedo Báez, estudiante entonces de Medicina en Madrid, quien compartía su tiempo entre sus estudios profesionales y sus aficiones a las Letras.

"Antonio Cortón, en su extenso círculo de acción, realizaba la misma labor con una abnegación digna de encomio. Era el amigo, para esa fecha, Secretario de la Sociedad de Escritores y Artistas y esa circunstancia le permitía extender mucho el ya amplio alcance de simpatizadores que tenía la causa de Puerto Rico. Era presidente de la citada sociedad entonces el egregio poeta don Gaspar Núñez de Arce, y a él me presentó Cortón. Núñez de Arce sentía particular afecto por Cortón y naturalmente, me recibió con agasajo y oyó la relación de los sucesos, los cuales fueron condenados por su alma generosa y noble. También influía mucho Cortón en un gran número de periódicos madrileños, sobre todo en los dos que le contaban entre sus redactores, creo que "El Liberal" y "El Día".

"De justicia es que yo diga que en ese momento Degetau y Cortón hicieron ellos solos, toda la campaña de propaganda y que por igual merecen que el país los coloque en el alto puesto que sus virtudes merecen.

"Tócame hablar ahora de la primera visita que hice a don Víctor Balaguer, Ministro de Ultramar, en compañía de nuestro bien amado don Julio Vizcarrondo.

"Fuí muy temprano a buscar a Vizcarrondo. El me hizo notar que no debíamos ir a casa de don Víctor Balaguer hasta las nueve de la noche. Decidió, pues, pasar en la intimidad de la conversación conmigo las horas que faltaban, y empezó a hablarme de muchas cosas gratas, de su juventud, de sus cruentos combates, de sus triunfos, de sus caídas, y poco a poco fué haciendo un estudio de todos los hombres del país.

"Me habló de don Román Bldorioty con gran cariño, casi lo mismo que hubiera podido hablar del más amado de sus hermanos. He aquí, poco más o menos, lo que me dijo del viejo apóstol.

"—Román es un ser privilegiado intelectualmente. Todo lo que la Naturaleza le restó en la belleza física se lo prodigó en la hermosura del alma. Es un espíritu profundamente honrado, que sólo ha sentido reverencia por el amor universal, como fuerza de acción latente, aunque no reconocida todavía, y por el ideal de la Justicia humana, como verdadero factor de cohesión social entre los diversos pueblos de la tierra.

"Román, es bajo el punto de vista de la idea, una capacidad de primer orden, pero que no ha sido ejercitada por ciertas idiosincrasias de carácter. Es perezoso Román para el trabajo rudo que impone el ejercicio de la intelectualidad, y a esa negligencia se debe que haya llegado casi al ocaso sin haber producido nada estable ni que pueda servirnos para salvar su memoria del olvido. Si la patria no tuviera el deber de recordarlo por el amor con que la sirvió, la memoria de Román quedaría envuelta entre las sombras de los tiempos. Yo a Román no lo perdono, como pensador, porque los hombres como él son raros y la Naturaleza que les prodiga tantos dones los obligaría, si pudiera, a dar cuenta de su culpable silencio. ¡Ah! Caramba, Román va a morir sin dejarnos nada. La pedrería preciosa de su cerebro quedará diluida en el polvo de los sepulcros. ¡Román no merece perdón! Yo sólo disculpo su negligencia por el hecho notorio de su mansedumbre de alma".

"En esa plática agradable llegó la hora en que debíamos partir y a las nueve en punto estábamos en la casa particular de don Víctor Balaguer, Ministro de Ultramar; él debía ser el juez en nuestro pleito.

"Ya don Julio Vizcarrondo me había aleccionado. "Sea usted parco"— me dijo,— "en la exposición de hechos. No aglomere narraciones. Sea preciso, terminante y no exagere los sucesos".

"Había mucha gente en la casa del Ministro, pero cuando anunciaron a Vizcarrondo, vino un secretario a decirnos que podíamos pasar al gabinete de trabajo del Magistrado. Un momento después estuvimos en presencia del ilustre poeta catalán.

"Tan grande como fué la impresión que experimenté con Labra y con Pi y Margall, era la que sentía ahora, ante aquel anciano, cuya bondad ingénita se transparentaba en todos los rasgos de su fisonomía. El recibimiento que me hizo no fué cauteloso, ni reservado, sino cordial, como si él advinara mis emociones y deseara calmarlas, inspirándome la mayor confianza. Sin pérdida de tiempo abordó la cuestión y lo primero que me dijo fué que ya el señor Vizcarrondo le había hablado del asunto; que yo podía referirle las escenas que se habían desarrollado en el país, aunque ya él estaba advertido de que los periódicos exajeraban mucho.

"A grandes rasgos, tal como me lo había dicho don Julio, le hablé de la situación de Puerto Rico y le referí, como pude, todos los acontecimientos, contándole también las peripecias de mi viaje, que fueron muy celebradas por él. El habló del boycott que se había predicado en la Isla contra los españoles. "Allí se han querido extremar por los autonomistas las propagandas", dijo, "y esa del boycott crea un estado de desconfianza terrible en los negocios".

"Cuando el señor Balaguer habló del boycott yo le dejé la palabra al señor Vizcarrondo. Este aceptó en principio que se hubiera predicado privadamente la necesidad de no ayudar a los españoles que perseguían a los hijos del país, pero hizo constar que el Gobierno de la Isla no podía poseer pruebas de que los altos directores de la política autonomista hubiesen favorecido esas propagandas; que si se hicieron, quizás fué por intermedio de personas de mediana posición, y esas no influían directamente en la opinión pública. Don Víctor Balaguer y don

Julio Vizcarrondo hablaron largamente del asunto y Vizcarrondo, a cada instante, citaba hechos precisos, haciéndome intervenir para que yo los detallara.

"Ahora me doy cuenta que desde la primera hora el señor Balaguer se mostró algo vacilante, pero muy dispuesto a conciliar las reclamaciones de los autonomistas con las exigencias del Gobierno liberal de España, representado, ¡quién lo creyera! en Puerto Rico, por la autocracia más recalcitrante. Don Víctor Balaguer declaró también que ya don Rafael María de Labra le había hablado del asunto. Nada nos prometió de un modo categórico, pero de allí salió convencido el señor Vizcarrondo de que alcanzaríamos un poco de justicia, la mayor cantidad, según él dijo, dentro de las imposiciones del régimen español en las Antillas. Luego nos despidió el Ministro y salimos muy regocijados. Aquella noche debía yo dormir arrullado por lisonjeras esperanzas. Después de esta noche, me llevó Vizcarrondo otra vez a casa de don Víctor Balaguer, y pude observar que había menos vacilaciones en su ánimo.

"En medio del torbellino de los sucesos, la campaña seguía. Yo fui llevado a la casa de don Fernando León y Castillo, entonces en Madrid, por el Barón de Limal y ante tan conspicua personalidad española, volví a relatar los hechos. El se conmovió mucho y dijo que sabía que el Gobierno estudiaba el asunto y que el general Palacio sería llamado a España a la mayor brevedad posible. Cuando yo oí esas palabras, fui a casa de don Rafael María de Labra, quien me dijo que él aguardaba esa solución, pero que creía que sería aplazada un mes, por lo menos. Don Julio Vizcarrondo, con quien también hablé ese mismo día, me dijo que él sabía también que el negocio iba a ser resuelto.

"Esa noche volví a llevarme a casa de don Víctor Balaguer pero no pudimos verlo, porque él, aunque estaba en su casa, se excusó recibirnos. Don Julio Vizcarrondo creyó que aquel era un buen síntoma y me dijo que casi me aseguraba que no pasaría una semana sin que yo pudiera volver a Puerto Rico. Los días, sin embargo, pasaban, a mi entender, con una lentitud terrible, porque mi impaciencia era desmedida. El trabajo de Cortón y de Degetau se redoblaba, pero yo me consumía en la fatiga de mis imaginaciones calenturientas, que no se calmaban ni aún cuando iba a comer a casa de Labra y oía al grande hombre hablar con entusiasmo de sus manzanas de su quinta de Abulí, las mejores que jamás se produjeron en España, o escuchaba de don Agustín Sardá las explicaciones de la fabricación de la cidra en Cataluña, cidra que, a su juicio, era mejor que el más rico vino de Champagne. Allí, unas veces oyendo a Regidor hablar de Filipinas, o a Juan Gualberto Gómez hablar de su querida Cuba, se pasaban las horas, pero mi espíritu no se consolaba.

"Degetau y Cortón me hicieron distraer algunas veces, ora llevándome de noche a los teatros, ora hablándome de sus grandes luchas y de sus futuras esperanzas, pero bien pronto mis fuerzas decaían. ¡Pensaba en Puerto Rico y cada día me parecía que era tan largo como un año!

"Una tarde, como a las siete, comía en el "Café de París" en compañía de don Juan Gualberto Gómez, cuando me entregaron una esquelita de don Julio Vizcarrondo; se me llamaba urgentemente y salí en el acto para la calle de Villalar. ¡Hora feliz que compensó todas las amarguras de los largos días! Don Julio me esperaba en disposición de salir a la calle y me abrazó efusivamente.

—"Vamos", me dijo, "a ver al Ministro de Ultramar, porque yo creo que el asunto se ha resuelto ya".

"Profundamente emocionado, salí con don Julio y media hora después oíamos de labios del Ministro la fausta nueva siguiente: El gene-

ral Palacio ha sido llamado a Madrid. Se le ha ordenado que entregue el mando de la Isla al general don Juan Contreras".

"Fácil es describir el dolor, pero ¡cuán difícil es para todos la descripción de la alegría, cuando ésta llena de pronto el corazón y no puede subir hasta los labios sino en forma de lágrimas! en aquella hora lloré delante del noble anciano que nos hablaba. El se conmovió y me dijo que podía regresar sin temor alguno a Puerto Rico; que recogiera antes de irme esa noche de su casa, una carta que su secretario particular escribiría al general Contreras recomendándome. Recogí la carta que fué escrita en el acto y allí mismo supe que dos días después salía de Cádiz un vapor para Puerto Rico. Me despedí a la carrera dejando allí a don Julio, a quien no debía volver a ver, porque mi nerviosidad me hizo olvidar desde ese momento los más elementales deberes de cortesía y salí a buscar a mis amigos. Con Degetau fui a poner el cablegrama que convine en Ponce con don Olimpio Otero y que decía:

"Otero—Ponce—Banderá", que significaba en nuestra clave, que habíamos triunfado en toda la línea.

"Y ahora empezaba otra tarea penosa. Yo quería irme pero no tenía dinero. ¿Cómo hacer? ¿A quién pedirlo? Confieso que me dió vergüenza confesarle a Labra que el enviado de Puerto Rico en esos solemnes momentos debía el hotel y no tenía dinero para embarcarse, por cuyo motivo no seguí el consejo que me dió Cortón de pedirle a Labra lo que yo necesitaba para efectuar mi viaje.

"Fué Federico Degetau quien en ese triste caso me salvó del apuro. El me llevó muy temprano a ver a don Quirico Llaguno, banquero que tenía negocios en la Isla y me garantizó para que dicho señor me aceptara un giro de mil pesetas contra la casa de E. y P. Salazar y Co. La garantía de Degetau fué aceptada, y pronto tuve el dinero en mis manos, lo que me permitió hacer todas las diligencias, que no eran pocas, porque tenía que presentarme ante el gobernador señor Duque de Frías, para poder embarcarme. Degetau me venció todos los inconvenientes en aquel día de emociones, y a las siete de la noche, sin despedirme de Labra ni de Vizcarrondo ni de nadie, después de tomar una colación en el restaurant "La Perla" con Canales, con Cortón, con Quevedo Báez y con Degetau, quienes quisieron estar conmigo hasta la última hora, tomé asiento en el ferrocarril que debía llevarme a Cádiz.

"Renunció a describir los incidentes de la travesía, aunque quiero hacer mención aquí de dos nobles individualidades de Puerto Rico, que me trataron con mucho cariño durante el viaje, procurando calmar las ansias de mi espíritu. Fué una, el señor don Gregorio Ledezma, patriota español residenciado en Arecibo, hombre de espíritu gentil y cultivado, que hacía sentir el imperio de su caballerosidad; fué otra, la ilustre señora doña Luisa Guaita de Brunet, espiritual mujer y noble dama. A ambos, por igual, los recuerda mi cariño.

"El vapor "Ciudad de Cádiz" llegó como a las doce del día al puerto de San Juan y pronto estuvo en disposición de desembarcar sus pasajeros. Había entonces allí un viejo amigo que me conocía desde mis buenos tiempos de estudiante. Se llamaba Estanislao y era una especie de agente ambulante de equipajes y pasajeros. Cuando el viejo me vió, me saludó alborozado y acto continuo llevó a la ciudad la noticia de mi llegada, de tal modo que, al desembarcar yo, me encontré rodeado de numerosos amigos entre los cuales reconocí a don Julián Blanco y Sosa, quien me estrechó conmovido entre sus brazos, Quiso don Julián que yo, sin pérdida de tiempo, visitase al general don Juan Contreras y se ofreció para acompañarme. Fuimos entonces a la Fortaleza y el general no nos hizo esperar. Era éste un hombre de bien, de ilustre prosapia, español de aquellos pocos que sabían conservar en América la integridad de sus sentimientos. Pienso que los portorriqueños debieran

recordar siempre a este noble español, Conde Treviño, que en los angustiosos días de los grandes dolores, no se apartó del camino del deber. Me recibió cariñosamente, elogió mi campaña, leyó la carta del Ministro de Ultramar y me autorizó para regresar a Ponce.

"Le insé para que me permitiera visitar a los presos políticos que aún estaban esperando su libertad en El Morro y el general accedió gustoso. Pocos instantes después, estaba yo en los brazos de don Román y en el de aquellas víctimas, cuyos nombres consignaré al final de mis notas. Aún resuenan en mis oídos las palabras del viejo y querido amigo Marín: "Estamos orgullosos de usted; usted será de los primeros".

"Alguien había teleografiado a mi padre y al salir de allí recibí noticias de mi casa. Mi padre me llamaba porque mi madre agonizaba; ¡terrible agonía que debía durar casi cuatro meses! Me sentí aturrido por un inmenso dolor, pero de él vino a sacarme una noticia inesperada de un acontecimiento que se había realizado en los primeros días de mi ausencia de Puerto Rico.

"Parece que "La Integridad Nacional", en el calor de los combates, arrastrada quizás por la nerviosidad de aquella lucha horrible que acalló en los enemigos todo sentimiento de piedad, había publicado una noticia diciendo que un joven de Ponce, acusado de algunos envenenamientos, se había fugado del país."

Cuando Arrillaga se ha referido a la juventud puertorriqueña que en 1887 estudiaba en Madrid y que le ayudaba en sus gestiones patrióticas, ha citado al hoy querido doctor Manuel Quevedo Báez, quien no solamente cursó el doctorado en Medicina y Cirugía en aquella urbe, sino que también se doctoró prácticamente en el periodismo. Por fortuna aún está entre nosotros el doctor Quevedo Báez, único ejemplar vivo de un centenar de estudiantes puertorriqueños que en Madrid conocieron de las andanzas patrióticas de Arrillaga en favor de su desdichado país. Al doctor Quevedo Báez nos hemos dirigido pidiéndole que nos refiera lo que él recuerde de aquellos trabajos de nuestro héroe y nuestro amigo nos ha complacido escribiendo la carta que publicamos a continuación:

"Mi muy querido amigo: Me place contestar la carta que me escribes y me complace más, sabiendo el carácter histórico de las actuaciones que tuvo el compatriota ilustre a que te refieres. De esa suerte se corre la cortina de episodios muy del interés cívico de nuestro pueblo y por mí afortunadamente vividos.

"Esos episodios gloriosos están bajo losas de silencio impuesto en mucho por nuestra habitual indiferencia y favorecido por largos años transcurridos desde 1887 a esta fecha. Hay otra circunstancia que favorece esos olvidos: el cambio de historia. La vida del pasado, cuanto precedió al cambio de soberanía, a las mentes frágiles y espíritus mal congraciados con los vínculos de raza, parece no interesarles. ¡Lástima para nuestros sufrimientos de pueblo tan ponderado en quintales de cultura que lo viejo en la historia tenga que aparecer como nuevo por ignorado!

"En tus pesquisas, amigo Todd, con mucho y feliz acierto, te refieres al compatriota distinguido Juan Arrillaga Roqué, el héroe audaz, intrépido, y valiente compatriota que sin miedos ni bajas cobardías desafió todos los peligros de coloniaje en el fatídico 1887, haciéndose al mar en el vapor San Juan, se aventuró a salir rumbo a Madrid, vía San Thomas, burlando todas las activas vigilancias. Fué para mí mucha fortuna encontrarme recién llegado a la famosa Villa del "Oso y del Madroño", adonde había llegado yo a comenzar mis estudios de Medicina.

"A la sazón, había en Madrid una nutrida colonia puertorriqueña integrada por patriotas ilustres en la política, como Rafael María de Labra, que aunque cubano de nacimiento, tenía puestos sus grandes amores y devociones en esta Isla, a la que él amargamente llamaba la "Infigenia de las Antillas". En ese grupo estaban los Julio Vizcarrondo, puertorriqueño, bravo, como su apellido, que incesantemente en los Ministerios, en las Cortes (Congreso y Senado) batallaba sobre asunto de interés puertorriqueño. Mi imaginación a través del tiempo, lo recuerda en su pose y arrogante apostura, luciendo barba ya moteada en blanco y en patilla abierta: su faz de trazos muy correctos con nariz aguileña y ojos de un inquieto y vivo mirar a través de los cuales, la mente asomaba el palpar de sus ideas y pensamientos. Julio Vizcarrondo no fué grande solamente en su política: lo fué en otros órdenes de su vida. Interesado en cuanto fuera libertad para los esclavos, como dicen sus relaciones y actuaciones con Castelar, Labra, Azcárate, y otros en la "Sociedad Abolicionista Española" y más que interesado en cuanto se relacionara con nuestra condición y nuestras reformas políticas ultramarinas. A todo eso se unía en él la participación tan principal que tomaba en sociedades de bienestar social. No fueron pocas las veces que al visitarlo yo, en su residencia de Villalar 11, lo encontraría tijera en mano y con blusa larga de dril crudo, a tono de un obrero de taller, atareado en el recorte de moldes para trajes de niños destinados a la "Sociedad Protectora de la Infancia" que él presidía y creo había creado.

"Formaban parte de esa Colonia los Federico Degetau, hombre de salón, de corte diplomático, ya abogado y por entonces, dedicado a escribir novelas cortas y a dictar conferencias en el Ateneo, Centro Instructivo del Obrero etc. Era con nuestro crítico Antonio Cortón, autor de "Pandemonium", un rival tenaz de aquel famoso crítico español Clarín (Leopoldo Alas) y que incesantemente con su pluma asaz, irónica pellizcaba al cronista más famoso de todos los cronistas, por lo brillante y audaz, por sus juicios caústicos, Luis Bonafoux; con estos de primera línea se fortalecía aquella Colonia, formada en gran parte de estudiantes como Salvador Canals, los Elizaburu, los Aldrey, Pedro y Antonio, los Pepe Carbonell, los Salvador Prats, los Felipe Colón, los Rosendo Quero, los Arturo Vega, primer puertorriqueño que hacía estudios de Maestro Normal en la Escuela Normal de Madrid, bajo la dirección de los Agustín Sardá, de los Manuel Cosío y otros pedagogos insignes de aquella época. Y también en aquel grupo de la Colonia los Rafael Géigel, los Maira, los Vicente Núñez, los Grau y otros y otros no fáciles ahora a nuestro recuerdo.

"Las gestiones de la Colonia capitaneada por Labra, hacíanse ante el Gobierno Liberal presidido por don Práxedes Mateo Sagasta y, principalmente ante el Ministro de Ultramar don Víctor Balaguer, utilizando los servicios de la Prensa periódica que nos dispensaban los diarios "El Liberal", de Miguel Moya, "El Imparcial", dirigido por uno de los Gasset, "El Resumen", por Augusto de Figueroa, "El Globo", órgano de Castelar y "La República", de Pii y Margall.

"La campaña iba encaminada a conseguir la destitución de su poltrona de Gobernador de la Isla del General Palacio, de triste y desventurada recordación. El héroe significado y valioso de la campaña era Juan Arrillaga Roqué, el recién llegado a Madrid, que por la intrepidez de su viaje fugaz a España, pareciera ahora hecho en estrato-avión. Era Arrillaga un tipo genial, sugestivo y grandemente simpático, de una locuacidad ardorosa y viva, cuyo fuego avivaban su amor a la causa por la cual se había aventurado al arriesgado viaje a España. No hubo un día de aquellos de afanes acalorados, en que no estuviéramos de Club, en las reuniones tan repetidas y frecuentes que celebrábamos, y las que de asesor concurría el simpático Arrillaga, y a

quien todos oíamos con el interés que sus informaciones acerca de los sucesos del Componte en la Isla nos despertaban.

Si alguna vez ido del freno, Arrillaga, había que contenerlo, era quien lo hacía con su pose de diplomático y de imperturbable serenidad aquel que, aún joven, en aquella época, más bien por su figura de atracción y de respeto, parecía un apóstol: DEGETAU. Degetau gustó siempre de la cautela y de la sabia prudencia que indudablemente eran hijas de aquella su educación y cultura, tan refinadas, pero, también, aprendidas en los altos salones y en sus relaciones políticas con los personajes de mayor prestigio en Madrid. Era un aristócrata por cultura y por su porte de gran caballero que nunca le abandonó. Era de aquellos clásicos tiempos.

"Antonio Cortón", que actuaba, ardoroso en esas reuniones, era el más incitador a la pelea y a la rebeldía. Locuaz, pero sutilmente agresivo en su decir y quien más encendía la pólvora ayudando así arduosamente a las gestiones que el amigo Arrillaga llevaba a España.

"Aquellos días fueron de grandes inquietudes patrióticas para la Colonia. Los ojos todos estaban puestos en las repetidas visitas y entrevistas, que nuestro gran Diputado y amigo el locuaz y activo Labra hacía al que era su amigo íntimo, el Ministro de Ultramar Balaguer.

"Una tarde, estando todos en el Café Fornos", peña de literatos y de políticos al día, vino a todos el rumor de que Labra tenía concertado un duelo a florete con el hijo del mal visto General Palacio. Que el lance se llevara a cabo no puedo yo afirmar, pero cualquier defensa airada y resuelta a punta de esgrima, podía esperarse de aquel aguerrido e ilustre cubano, a cuyo lado años después estuve oficiando de cronista en asuntos de Cuba y Puerto Rico en periódicos como "El Liberal", "La República de Pii y Margall", "El País", de Ruiz Zorrilla, "El Globo" de Castelar y otros, y bajo cuyas enseñanzas (las de Labra) aprendí algo del manejo de la pluma y a garrapatear un poco de esto que hoy hago.

"La página de historia de valor a prueba y patriotismo de Juan Arrillaga Roqué es una tan brillante como simpática, que nuestro pueblo debe justipreciar honrándole con devoción y respeto. Esas líneas trazadas en sus rutas por nuestros abnegados hombres de la vieja historia, no deben desvanecerse en el olvido y ejemplo deben ser de la recta a seguir por todo ciudadano amante decidido de su patria a la hora en que el deber cita a cumplimiento.

"¡Lástima que de aquellos recios troncos todo se haya ido esfumando y ya de lo que fué civismo verdad no queda apenas nada! A la hora presente, hay una marcada nota de "déficit" en los balances políticos reinantes. Por un fenómeno de historia, cuando Puerto Rico va cansado en su penoso caminar, con su fardo de colonia a cuestas y por espacio de cuatro y medio siglos; el espíritu de partido, lo que da esencia de vida a las agrupaciones políticas, ha muerto. Todo aquello glorioso y sugestivo que flotaba como un ideal en la mente del pueblo, ha languidecido y ya no existe. En medio de ese naufragio parece que avanzadas nuevas, con perspectivas otras y con nuevos dirigentes, se aprestan a la lucha para reivindicaciones nuevas. ¡Ojalá!

"El futuro es el único pregonero que hablará; hasta entonces, que los hombres de ayer se sienten a esperar. Si su labor fuere provechosa y fecunda, aprenderemos una lección y la aplaudiremos.

Hasta aquí, que ya es mucho y es poco quizás para lo que tú, buen viejo amigo, me pides. Si esto pudiera ser útil a tus nobles afanes, ¡ojalá lo sea!

"Y que descanse la pluma, mientras extendiendo la mano, para un saludo cordial de tu amigo,

Dr. M. Quevedo BAEZ".

Veamos ahora algunos datos biográficos de nuestro héroe, que nos ha suministrado una persona allegada a él:

Juan Arrillaga Roqué cursó el Bachillerato y se graduó de licenciado en Farmacia en San Juan, a los 19 años de edad, siéndole otorgado el título a virtud de un Real Decreto, por no tener la edad reglamentaria. Cuando fué a España en el 1887 era condueño de la botica Atocha en Ponce, de Arrillaga, Monge & Co.

Después de ese viaje, en 1889, fué nombrado presidente del Partido Autonomista de Puerto Rico cuyo centro director estaba en Ponce, y después de la magna asamblea del Partido en Mayagüez, en 1891, donde él exponía sus puntos de vista, con la política a seguir con la Madre Patria, sintió tal desilusión al ver las mezquindades de algunos políticos, que, asqueado, se fué de la Isla en busca de mejores horizontes. En el extranjero fué figura de alto relieve dondequiera que vivió. Visitó casi toda a América. En Venezuela formó parte del Gabinete del General Andrade (presidente de la República) 1897—siendo encarcelado en "La Rotunda" cuando subió al poder el general Cipriano Castro. Allí fundó el diario "Bandera Nacional" y la revista literaria "Trivio y Cuatrivio". Viviendo en Méjico en 1905, el mismo general Castro le nombró Cónsul General de Venezuela en aquel país, lo cual él declinó, porque era consecuente con sus ideas, íntegro. En la ardua labor del periodismo estuvo dedicado en esos países de Sur y Centro América y cuando enfermo y cansado retornó a Puerto Rico era dueño en San José de Costa Rica del primer periódico allí "La República". En su despedida de San José el doctor Zambrana, alto tribuno y hombre de gran prestigio internacional, dijo: "se va el maestro de los maestros"—porque su vida fué sembrar ideas. Cuando retornó a Puerto Rico fundó en Ponce el semanario "La Prensa". Luego ingresó en la redacción de "El Aguila". En Ponce murió y allí descansan sus restos. La noche que representaban en el teatro "La Perla" su obra "Tierra Enferma", preparándose para asistir al teatro, lo sorprendió un derrame cerebral.

Y esta es la historia del acto generoso y valiente de aquel patriota que se llamó Juan Arrillaga Roqué, verdadero HOMBRE DEL '87. No figuró como delegado en la célebre Asamblea Autonomista de aquel año, pero hizo más, mucho más, que la mayoría de aquellos delegados.

Creemos haber cumplido con un deber sacando del olvido—de un olvido imperdonable—, el nombre de este buen hijo de nuestra tierra. No tratamos de culpar a nadie en particular de este desvío, de esta ingratitud. No es el primer caso, ni será seguramente el último. Hay muchos otros puertorriqueños, de los de arriba y de los de abajo, que hicieron mucho por nuestras libertades, de quienes nadie se ha ocupado y de quienes no nos acordamos hoy.

Nunca de indicios de que su destino era sufrir dolor y vicisitudes en premio de su labor generosa. El destino no se conformó en hacerle apurar las heces de la amargura, al encontrar, a su vuelta victoriosa de Madrid, con la noticia de la grave enfermedad de su madre amantísima, enfermedad que ocasionó su muerte a los pocos días; sino que el pueblo de Ponce, el pueblo autonomista de Ponce, a quien Arrillaga acababa de servir de manera tan elocuente, gallarda y gentil, no tuvo para él una demostración de cariño, de agradecimiento, cuando volvió al mostrador de su abandonada farmacia Atocha. Cuando antes de escribir esta historia preguntamos a Xavier Mariani, de Ponce, único superviviente hoy de aquellos sucesos, en los que tomó parte tan re-